

desde el diván

Psicoanálisis y nuevas técnicas reproductivas

Fanny Blanck-Cerejido

El deseo y el destino de la mujer están sostenidos por el mito de que su única y legítima realización es la maternidad: la mujer-madre encuentra su satisfacción en el cuidado de los hijos. El psicoanálisis, al hacer posible la emergencia del deseo inconsciente, encuentra que esta afirmación es cuestionable. Las contribuciones feministas consideran esta visión como un mito, creado para que las mujeres se atengan a ocupar "ese" lugar en la sociedad, concebido desde el marco patriarcal, y no elaborado como consecuencia del deseo y la experiencia de las madres. A partir de estas nuevas reflexiones, la subjetividad materna se transforma en un ingrediente capital para examinar los mitos y comprender la realidad personal y social.

Cabe mencionar que en este sentido, Chasseguet-Smirgel afirma que la indefensión infantil con la que el ser humano viene al mundo condiciona una dependencia tan grande respecto de la madre, que la hostilidad provocada por esta situación da lugar al enunciado de teorías falocráticas como defensa. Esta necesidad que tiene el hijo por la madre se transforma en la única misión de la mujer: procrear y amar al hijo. Esta misma necesidad de cuidado y protección transforma a la madre en un ser omnipotente, odiado o idealizado, pero siempre buscado y deseado.

Los casos de maternidad subrogada o de fertilización múltiple cuestionan nuestras convicciones acerca de quién ocupa el lugar de la madre. Las asociaciones tradicionales al término madre, como la que da nacimiento y cría a un niño, ¿pueden ser mantenidas frente a estos desarrollos técnicos y legales? ¿La madre es el huevo que contiene el código genético, el útero que nutre y contiene, o la persona que practica el cuidado materno? Y, en este sentido, ¿el concepto de madre continuará ligado al de género? El concepto se tambalea, así como el concepto de pulsión maternal. ¿Se trata de una pulsión ingénita?

Trataremos de responder a estas preguntas partiendo de algo conocido por el psicoanálisis: la adquisición, durante la feminización de la niña, del deseo del hijo.

Para Freud, la anatomía no es destino, sino que deriva las categorías de femenino y masculino a partir del orden simbólico, insertando la cuestión de la diferencia sexual en la problemática de la cultura. La diferencia sexual se organiza a partir de la amenaza de castración y no de lo real anatómico. La niña, en su deseo de lograr un equivalente del pene del varón, sustituye este deseo por el deseo de hijo, y se vuelve hacia el padre para obtener un hijo de él. Así la ecuación simbólica $\text{pene} = \text{niño}$ es la que coloca a la niña en una posición sexual femenina, y el complejo de Edipo lleva a la mujercita a reprimir su primitivo amor por la madre y a dirigirse al padre.

Por supuesto, consideramos la identificación con la madre, primero en un contexto dual y posteriormente edípico, como un elemento para pensar en un deseo precoz de maternidad, en el que puede intervenir la necesidad de reparar a la madre. Pero estimamos que puede ser entendido como un deseo de ser y tener como la madre, no de procrear y criar un hijo.

La identificación femenina de la niña comienza desde el nacimiento, determinada por el nombre, las expectativas alrededor de ella y el modo como es tratada. Esta identificación se estructura de forma más firme alrededor de los cuatro años, dependiendo, en gran medida, de la femineidad materna, de lo sintónico y placentero que le sea su papel de mujer a la madre. La madre, a través de su propia cadena generacional y de su constitución edípica, transmite los valores y creencias de sus ancestros. También el padre está comprometido en el proceso de asunción de género de su hija, en la medida de su posibilidad de contacto con sus aspectos femeninos, con los de su mujer y los de su propia madre.

Así como a partir de la renuncia edípica el niño comienza una espera que lo llevará a crecer y a adquirir un pene como el paterno, que lo colocará en situación de construir una vida amorosa en el futuro con una mujer diferente a su madre, la niña debe elaborar su castración en aras de la esperanza de un hijo. Sin embargo, a la mujer se le agrega otra pérdida, ya que tendrá que entregar a su hijo a la sociedad para su integración en la cultura (Saal, 1991). Si este hijo cumple el papel de completar a la madre al ser retenido por ella, en lugar de ser concebido como otro, sufrirá un desarrollo psicótico.

Sabemos que, con respecto al deseo de hijo, éste depende en buena medida de la cultura en que vive la madre. En tiempos bíblicos el ser madre era tan crucial y el sentido de la vida de una mujer dependía a tal punto del tener un hijo, que Tamar, ante la muerte de sus sucesivos maridos Er y Onán, llegó a fraguar un ardid para conseguir ser fecundada por su suegro Judá (Génesis 38). En el extremo opuesto, las clases media y alta de Francia e Inglaterra de los siglos XVII y XVIII daban a cuidar y amamantar sus bebés a gente de servicio, hecho que llevó a pensar que, con ello, trataban de evitar un compromiso afectivo, dada la altísima mortalidad infantil. E. Badinter (1987) opina que este argumento es falaz: ella parte de la base de que ocuparse del amamantamiento y crianza era visto como algo subalterno y degradante, razón por la que las clases pudientes entregaban sus hijos a nodrizas, que se los llevaban a vivir a su casa y los sometían a una atención negligente, descuido que era el verdadero responsable de la alta tasa de mortalidad. Su opinión se ve fortalecida por el hecho de que esta tasa era menor en la clase más humilde, en la que los bebés eran cuidados directamente por sus propias madres.

Apenas a partir de 1750 se empieza a mencionar el amor maternal y se promueve a la mujer en tanto madre. Al parecer, este cambio obedece en gran medida a la necesidad de que los niños sobrevivan, ya que las pérdidas humanas en Europa eran cuantiosas en esos años.

A pesar de la heterogeneidad del contexto cultural, las diversas civilizaciones parecen compartir la firme creencia en la supuesta identidad mujer = madre. La ecuación mujer-madre-naturaleza se vincula a un orden falocrático que ubica de este modo a la mujer y otorga a cada hijo una imagen mítica de satisfacción y deseo absoluto, desde otro que es puro deseo materno. A partir del psicoanálisis, en cuanto pone en duda la existencia de un sujeto único y carente de contradicciones, del feminismo y de las ciencias sociales, se empieza a cuestionar la equivalencia mujer = madre. Este cuestionamiento lleva a indagar el estatuto deseante de la madre.

La poderosa tendencia de tener un hijo aparece marcada desde el Otro, desde el lenguaje, desde el universo simbólico y la legislación preexistente a la criatura. El deseo humano de descendencia es también fruto de la identificación de la mujer con la madre, del deseo de realización de posibilidades identificatorias propias, y de ubicación del sujeto en la historia, en la que traspasa a sus hijos la herencia biológico-cultural de sus padres y antepasados. También debemos tener en cuen-

ta que el sentido de la vida humana trata de encontrar una respuesta en la continuidad que le otorga la procreación, que continúa míticamente la propia vida en el futuro de las generaciones.

Dada entonces la importancia de tener un hijo, que tranquiliza a la mujer acerca de su interioridad, de su identificación con la madre y su proyección en el futuro, la esterilidad constituye una frustración grave y amenazante, porque interroga a la mujer en cuanto a su interior, a su relación con su madre y antepasados, e incluso con los dioses, e introduce la noción de la muerte propia, de la finitud, a través de la falta de descendencia.

Si consideramos que la esterilidad es un síntoma con su propia historia y sentido individual, la demanda de hijo y sus dificultades sólo podrán ser escuchadas en el discurso particular de cada persona. Una medicalización del problema y su solución por la vía del cuerpo, sin una escucha particularizada, subvierte el planteamiento del conflicto y es una defensa frente a la dificultad inconsciente, atacando la articulación entre el cuerpo y la mente. En este sentido, M. Tort (1989) afirma que la medicalización en el tratamiento de la infertilidad constituye una defensa maniaca que ayuda a desconocer los frecuentes elementos inconscientes que intervienen en su producción.

Supongamos que finalmente se ha recurrido a las nuevas técnicas reproductivas. Estas intervenciones originan una problemática polifacética; por ejemplo, aun en el caso de una pareja estéril cuya patología no es groseramente evidente se abre un sinnúmero de interrogantes debido a las múltiples causas de esterilidad y a la variedad de procedimientos por los que se puede optar (Tubert, 1991). Una situación posible deriva de que, en realidad, la solución artificial puede venir a frustrar un deseo inconsciente de no tener hijos. También sabemos que la inseminación artificial es usada por mujeres que no presentan problemas en la concepción, sino que desean concebir a sus hijos sin la intervención de un compañero masculino (M. Cerejido, 1990).

Si nos centramos en el niño, nos planteamos la pregunta de qué lugar ocupa el "niño de probeta" en la familia: ¿puede ser equivalente al que hubiera ocupado un bebé venido al mundo en condiciones "naturales"? Lévi-Strauss (1969) sostiene que el sistema de parentesco es un instrumento de la reproducción del orden social, que se elabora a partir de datos biológicos universales: que hay un proceso que va de la paternidad biológica a la filiación, existen dos sexos, hombres y muje-

res, la procreación produce una sucesión de generaciones, cada sistema de parentesco es una solución particular que ilustra una de las diferentes combinaciones lógicamente posibles, que emergen de estos datos biológicos irreductibles y que expresan la alteridad de cada sujeto resultante. Por eso, el saberse generado a través de la relación sexual entre un hombre y una mujer es constitutivo para la mente, a través de la elaboración edípica, o lo ha sido hasta el presente.

Pensamos que el lugar ocupado por el niño de probeta es particular, y que depende del lugar que tenga en la mente de los padres y en su deseo. Así, es posible que este niño tenga una inserción satisfactoria en la familia, sobre todo si es planeado y concebido conjuntamente por los dos integrantes de la pareja. En este caso, las nuevas posibilidades abiertas por la ciencia y la tecnología tienen todo su peso. No obstante, no sabemos aún qué efectos psíquicos y sociales pueden ocasionar circunstancias tan nuevas como ser hijo de un espermatozoide de un padre muerto, o de un óvulo y un espermatozoide alojados en el útero de la madre de la madre. Como analistas, no tenemos aún instrumentos clínicos ni experiencia como para conocer las consecuencias que acarrea la producción de hijos por las nuevas técnicas de reproducción. Creemos que los peligros para los padres emanan de la omnipotencia fantaseada, de la cercanía de los fantasmas omnipotentes con lo real, y de la potencialidad psicotizante de estas experiencias, ya que podrían confirmar la fantasía de concebir hijos con Dios, con el padre, o aun con la madre. Para los hijos resultantes, estos peligros pueden residir en la confusión identificatoria, o en el hecho de que su nacimiento los expone a ser tratados como objetos, pertenecientes al mundo de lo real de los padres, sustraídos a la genealogía y a la historia.

La consideración de nuestra cultura hacia los usos de las técnicas artificiales oscila desde una admiración por los esfuerzos de una madre por procrear, hasta la condena de lo que considera una búsqueda narcisista y egoísta por tener un hijo propio, en lugar de adoptar uno de los millones de niños huérfanos o abandonados que ya existen. Además, la consideración que estas técnicas merecen varía en los diferentes países y clases sociales. Al tratar de conocer la experiencia de los colegas del Population Council de México, me dijeron que no la tienen, ya que su problema es la contracepción.

También cabe tener en cuenta que las técnicas artificiales varían desde un tratamiento sencillo que modifica el PH vaginal o complementa el estado hormonal, hasta otro que implica el uso y descarte de embrio-

nes, úteros de otras mujeres, fertilización *in vitro* con espermatozoides de maridos muertos años ha, y conservación de huevos fecundados en nitrógeno líquido, siendo estos casos los que plantean problemas éticos e incluso legales.

Como vemos entonces, el deseo de hijo aparece en la mujer durante el proceso de sexuación y tiene en el primer momento un fuerte carácter narcisista, lo que implica que el deseo de embarazo y el deseo de niño no sean siempre superponibles. La posibilidad posterior de amor objetual podrá darle al hijo un lugar de objeto separado y amado como tal, con forma humana, nombre y destino, en una relación madre - hijo íntima, rica y gratificante .

El carácter de adquirido de la feminidad y del deseo maternal nos puede indicar los puntos donde se originan situaciones conflictivas que pueden impedir la fertilidad femenina. La mujer puede tener dificultades en renunciar a la masculinidad o a la omnipotencia. Su necesidad de ubicarse como igual a la madre la coloca en una situación de peligro, de ser atacada en el interior de su cuerpo por fantasías agresivas retaliatorias, que son potencialmente patogenéticas.

Clínicamente, encontramos mecanismos histéricos o somatizaciones que se apoyan en dificultades de índole edípica, como rechazo de la fantasía de obtener un niño del padre, o consecuencias de la no elaboración de la envidia del pene, o muy especialmente efectos de la relación arcaica con la madre o conflictos en relación con la generatividad.

Las mujeres que están identificadas con el ideal falocrático, sometidas al dictamen de que su destino único es la maternidad, son capaces de soportar cualquier proceso de agresión corporal en el proceso de fertilización. La búsqueda de completud, de garantías acerca de la integridad interna, puede constituir, también, una de las condiciones que fija a la mujer en una demanda incoercible de embarazo que no admite sustituto. Estas mujeres tampoco reparan en ningún sacrificio frente a cualquier método de fertilización. El cuerpo va a sufrir cualquier sacrificio a favor de ese ideal, pues es lo único importante de alcanzar.

Las situaciones a las que estas mujeres quedan sometidas son con frecuencia sumamente traumáticas, y en este sentido fruto de la ambivalencia frente a la madre como personaje omnipotente. Muchas veces la pareja médico-mujer que desea ser madre se interna por caminos ignotos y distintos en el tenebroso ciclo ovulación-ultrasonido-exáme-

nes-hormonas-fertilización artificial-implantes de un *in vitro*, situaciones en donde lo *unheimlich* y las fantasías primitivas de cuerpo fragmentado tienen su apogeo y establecen su dominación.

Finalmente, es necesario considerar que cada mujer, cada pareja que busca la ayuda de las nuevas técnicas reproductivas, es un caso especial con su particularidad subjetiva, que nos plantea nuevos problemas éticos e incluso ideológicos. Escucharlos es un desafío, y nuestra dificultad puede residir en plantearnos sin prejuicios cada caso individual, frente a nuestras creencias o posturas.

Bibliografía

- Badinter, E., "Maternal indifference", en Toril Moi (comp.), *French feminist thought: a reader*, Oxford, Blackwell, 1987.
- Blanck-Cereijido, F., "A study on feminine sexuality", *Int. J. Psychoan.*, 64, pp. 93-104, 1983.
- Cereijido, M., *Single women who choose motherhood*, Michigan, UMI, 1990.
- Chasseguet-Smirgel, Janine, *Los caminos del Anti-Edipo*, Paidós, Buenos Aires, 1979.
- Freud, S., *Some psychical consequences of the anatomical distinction between the sexes*, Londres, Standard Edition, 1925.
- Lévi-Strauss, C., *The elementary structures of kinship*, Boston Beacon Press [*Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós], 1969.
- Saal, F., "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos", en M. Lamas y F. Saal (comps.), *La bella (in) diferencia*, México, Siglo XXI, 1991.
- Tort, M., "L'unconcevable", *Topique*, 44, pp. 235-256, 1989.
- Tubert, S., *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*, Madrid, Siglo XXI, 1991.